

El amor en el otoño y el papel de los abuelos

Es verdad, quizá amar a una persona sea aceptar envejecer con ella

Por: José María Cabodevilla | Victòria Cardona | Fuente: e-cristinas.net



¡Ah, el amor en el otoño! Por José María Cabodevilla

Los autores nos han acostumbrado a admirar sólo los brillantes colores de la primavera, pero es importante cantar también, con muy pausado y concertado ritmo, la delicia de esos afectos mansos, llenos de paz, de indulgencia, de sabiduría de los colores del otoño.

Es verdad, quizá amar a una persona sea aceptar envejecer con ella. Cuando el amor resiste todas las vueltas y asechanzas del tiempo, llega a un punto de identificación tal entre los esposos, que los días solos no podrían concebirse. Ya los esposos se comprenden del todo, se adivinan, conoce cada uno todas las posibles reacciones del otro, sabe en que está pensando cuando se queda con los ojos quietos mirando esas cosas que llevan tantos años ya sirviendo de testigos de un afecto. Ya este afecto, más que un sentimiento, es una manera de sentir, más que una actitud es un estado.

Al envejecer, los esposos van haciéndose más semejantes y también mutuamente más necesarios. Las lagunas de la memoria, la rigidez en la acción, la inevitable desconexión con los sucesos del presente y con las esperanzas para el futuro, todo esto aparta de ellos a las generaciones jóvenes y hace que ellos se busquen más, busquen su abrigo el uno en el otro, en la común evocación de los días transcurridos.

El hombre envejece más de prisa, pero la mujer empieza antes a envejecer. Hay un momento en que únicamente ella se da cuenta de su ocaso; luego lo perciben los que la rodean y también ella; quizá finalmente, ella ya no se percate de su próximo desenlace, abandonada al bienestar de la aceptación. Esto es imprescindible: no rebelarse. No pretender forzar la naturaleza. Evitar la amargura. Comprender, por fin, la tremenda unidad de la vida, articulando ya todas sus partes, sus aflicciones y alegrías. Acoger sin sobresalto la idea de la muerte e incorporarla al tejido de los pensamientos diarios. No es odioso envejecer, lo odioso es resistirse a ello.

Hacerse receptivos a esa suavísima voz que baja desde lo alto: "Oídme, casa de Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, llevados desde el seno por mí, y carga mía desde el nacimiento: yo soy el mismo hasta vuestras canas y vuestra vejez, os llevaré conmigo; como hice desde el principio, yo me encargo de sosteneros y guardaros"(Is 46,3-4).

Que no sea necesario que uno de los dos muera para que el otro sepa que verdaderamente era amado. Siempre es más fácil saber que uno ha amado que saber que uno ama.

Para los años últimos de la vida conyugal hay una oración que los esposos debieran repetir juntos, a la vez, despacio: "Quédate con nosotros, Señor, porque anochece"(Lc 24,29). Siempre da un poco de miedo- y de dulzura- ver que se pone el sol.

Nuestro querido Juan Pablo II en su [Carta a los Ancianos](#), les anima a seguir, su misión en la vida.

El papel de los abuelos Por Victòria Cardona

Ver cada día la felicidad de los abuelos, que midiendo sus fuerzas son capaces de dar toda su sabiduría y ternura a los pequeños que van llegando a este mundo da mucha alegría



Ante la importancia que hoy, con la integración de la mujer en la vida laboral, tienen los abuelos en la educación de los hijos, reflexionaremos sobre unas actitudes necesarias para sacar adelante esta realidad que a muchos abuelos nos toca asumir. El desarrollo de este tema es también el fruto de mi experiencia personal y de la de otros abuelos.

Este verano, leíamos en la prensa una noticia impresionante: unos abuelos salvaban en un accidente ferroviario a sus dos nietos de 6 y 8 años. Ellos dieron su vida al proteger con sus cuerpos los de los pequeños. A mí me recordó aquella frase del Evangelio: "No hay amor más grande que el de aquél que da su vida por sus amigos", y pensé en tantos otros abuelos que también la dan minuto a minuto, día a día, para que los hijos de sus hijos reciban ternura y afecto ante las ausencias necesarias de los progenitores. Seguramente, los abuelos, que murieron con tanta generosidad, también habían dedicado mucho de su tiempo a aquellos pequeños. Aquel gesto no era fruto de un impulso sino del cariño real para con Abdelaziz y Aceitar, nombre de los supervivientes de este hecho real.

Hoy se habla mucho desde el punto de vista médico del "síndrome de la abuela esclava". La abuela que sólo procura por los hijos, que no se atreve a decir que está agotada por el exceso de responsabilidades en que se encuentra inmersa, y

que no se queja porque tiene miedo de no ser útil. Finalmente, con esta situación acaba enfermado. Es posible que eso suceda porque las abuelas siguen teniendo el mismo espíritu maternal de cuándo eran madres (se dice que son dos veces madres) y creen que tienen más conocimientos que sus hijos. En cambio, debido a la edad, les cuesta más recuperarse del esfuerzo físico. También, en algunas ocasiones, el abuelo puede ser el gran ausente en esta tarea, ya que, debido a defectos de otras épocas, ha dejado todo el referente del hogar a su mujer y se inhibe totalmente de ayudar.

A la hora de hablar de ayudas, es mejor utilizar la palabra compartir. Compartir a los hijos. Compartir a los nietos. Por lo tanto, compartir el trabajo, compartir las aficiones, compartir los buenos momentos y los no tan buenos, compartir lo que se tiene y la experiencia. Cuando uno sabe pedir complace al otro porque puede compartir. Las abuelas han de saber pedir ayuda a tiempo, antes de que por agotamiento no puedan hacer nada más. Y los hijos jóvenes, que necesitan de la abuela, tienen que estar más atentos al peligro de quedarse sin ella. Los hombres tienen que comprender que encontrarán mucha satisfacción cuidando a sus nietos. Todos los que lo hacen disfrutan de este gran don que es entregarse, sin prisas, sobre todo si se ha llegado a la jubilación laboral.

Para transmitir serenidad y paz al matrimonio joven, tienen que ser muy prudentes y no interferir en sus relaciones. La autonomía y la independencia de los hijos casados tiene que valorarse mucho, así como los objetivos educativos que tengan para sus hijos tienen que respetarse, ya que la responsabilidad es de ellos y no de los abuelos. Este hecho no excluye que cuando los nietos estén en casa de los abuelos tengan que seguir el orden material que sea costumbre en la casa de los mayores. En este tema, para no tener problemas generacionales, tiene que mantenerse una buena comunicación entre abuelos e hijos, sabiendo pasar por alto pequeñas banalidades, distinguiendo lo que es esencial de lo que es accesorio.

El hábitat natural de la persona es su familia. Por eso, se hace patente que allí dónde prioritariamente la gente mayor se puede encontrar realizada es con los suyos. No puede centrarse en ella misma, ni hablar siempre de que las cosas han cambiado demasiado, sino que tiene que adaptarse con flexibilidad a estos cambios. Todos hemos visto la afinidad que hay, en muchas ocasiones, entre un adolescente -la edad de más inseguridad- y sus abuelos. Ver cada día la felicidad de los abuelos, que midiendo sus fuerzas son capaces de dar toda su sabiduría y ternura a los pequeños que van llegando a este mundo da mucha alegría. Para llevar a término todo lo que hemos reflexionado hay que tener una actitud positiva, para resolver problemas sin susceptibilidades, y una actitud participativa para saber dar y recibir. No fuera el caso que estuviéramos paseándonos por casa diciendo: "pobrecita de mí, cómo sufro y lo poco que me quejo".